POLITICA EXTERIOR

Siria en la era post-soviética

Author(s): Daniel Pipes

Source: *Política Exterior*, Vol. 8, No. 38 (Apr. - May, 1994), pp. 58-68, 73-75
Published by: Estudios de Política Exterior S. A.
Stable URL: http://www.jstor.org/stable/20643449
Accessed: 22-04-2017 14:16 UTC

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at http://about.jstor.org/terms

Estudios de Política Exterior S. A. is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Política Exterior*

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

Siria en la era post-soviética

Daniel Pipes

DESDE el colapso soviético, Siria se encuentra en una encrucijada, con Teherán haciéndole señas para que se adentre por un sendero y Washington llamándole por otro. ¿Seguirá el presidente Hafed al-Assad con la política que ha practicado desde 1970 –totalitarismo en el interior, agresividad en la política exterior–, con la República Islámica de Irán como principal aliado? Como alternativa, podría introducir cambios básicos ampliando las libertades de la población siria, recortando los gastos militares, firmando un tratado de paz con Israel, liberando a Líbano de su influencia, y poniendo fin a su hostigamiento terrorista en Turquía. Esta alternativa implicaría un giro hacia Occidente en general y hacia Estados Unidos en particular.

Otra manera de ver esta disyuntiva consiste en preguntarse hasta qué punto puede Assad adaptarse a un mundo sin la Unión Soviética. ¿Es –como sugiere el ministro israelí de Asuntos Exteriores, Simon Peres– un personaje comparable a Fidel Castro que, ni siquiera reconociendo que el mundo ha cambiado, es capaz de adaptarse a él? ¿O, como sostiene un líder musulmán fundamentalista sirio, "es muy consciente de que el cambio es inevitable"[1], y está haciendo los correspondientes ajustes necesarios?

El derrotero que elija Assad no sólo afectará a su país, sino a todo Oriente Próximo. Si opta por la ruta iraní, el grupo de Estados díscolos de Oriente Próximo (Libia, Sudán, Irak, Irán) planteará una amenaza creíble; pero no será así si se une al bando occidental.

Especular acerca del futuro de Siria significa comprender a un hombre, Hafed al-Assad, porque, como un ex ministro israelí de Defensa expresó en una ocasión: "Cuando hablamos de Siria, debemos recordar que no estamos hablando de un país sino de un gobernante"[2]. Por consiguiente, este relato se inicia con información acerca de la personalidad de Assad y la pauta a que se ajusta su trayectoria política; se revisa a continuación su historial en el ámbito de la política interior, para concluir con algunas conjeturas acerca de la trayectoria probable de Siria.

Daniel Pipes es director del *Middle East Quarterly* y del *Middle East Forum*, de Filadelfia. Ha escrito dos libros sobre Siria, *Greater Syria* (1990) y *Damascus Courts the West* (1991).

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

No obstante, hay que empezar con una advertencia metodológica: los que estamos fuera de Siria sabemos poco acerca de la evolución de ese país desde que Assad llegó al poder. El silencio prevalece desde que, al principio de su mandato, decidió restringir la información que debía llegar al mundo exterior. No pueden vivir periodistas extranjeros en el país. A los ciudadanos les da miedo hablar con extranjeros. Las autoridades son parcas en palabras. Hasta las estadísticas son prácticamente inútiles. Los estudios que se han llevado a cabo para elaborar perfiles de los líderes de otros países de Oriente Próximo, examinar su opinión pública, o analizar sus economías, apenas se han intentado con Siria. En consecuencia, la información que aparece en las páginas que siguen puede muy bien ser errónea ya que, cuando el asunto es la Siria de Assad, a menudo no hay manera de verificar los hechos. Aun así, sabemos lo suficiente como para reseñar ciertas pautas y especular acerca de la cuestión central que afronta el país: ¿hacia dónde se dirige Siria?

Assad el gobernante

La política siria empieza con la persona de Hafed al-Assad, gobernante del país desde noviembre de 1970. La personalidad de Assad es objeto de considerable polémica. ¿Es un megalómano o un individuo modesto? ¿Un gobernante honesto o corrupto? ¿El constructor de un imperio o alguien que simplemente intenta apartar el desastre de su comunidad? Los sirios bien informados no hablan de estas cuestiones con los extraños, y los extranjeros que han conocido a Assad o han estudiado su figura muestran discrepancias fundamentales en sus juicios sobre él.

Algunos lo consideran modesto, incluso sumiso. David Roberts, antiguo embajador británico en Siria, describe a Assad como "encantadoramente modesto, educado y hasta casi propenso a pasar desapercibido" [3]. La revista francesa *Le Point* alude a su "aire tímido, una mirada de reflexiva tristeza, y un porte desmañado"[4]. Moshe Ma'oz, biógrafo de Assad, se refiere a él como

1. Adnan Sa'd ad-Din, citado en *Al-Yawn as-Sabi*, 5 de marzo de 1990.

2. Moshe Arens, citado en la televisión israelí el 22 de mayo de 1991. Las citas de emisiones de radio y televisión proceden de transcripciones realizadas en su *Daily Report* por el Servicio de Información de Emisiones Extranjeras (FBIS); parte del material escrito también ha sido proporcionado por el FBIS.

3. David Roberts, "The USSR in Syrian perspective: political design and pragmatic practices", en *Superpowers and client states in the Middle East: The imbalance of influence*, Moshe Efrut y Jacob Bercovitch, editores, Londres: Routledge, 1991, pág. 213.

4. *Le Point*, 22 de octubre de 1990.

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

"un buen hombre de familia" que ni fuma ni bebe". En cambio, "le gusta escuchar música clásica occidental. Lee, nada, y juega al tenis de mesa" [5]. Según Patrick Seale, Assad "parece aborrecer las confrontaciones violentas" [6].

Pero otros disciernen cualidades bastante más sombrías. Robert C. McFarlane, enviado del presidente Reagan a Oriente Próximo en 1983, salió de sus reuniones con Assad llamándole "místico brutal" [7]. (El presidente sirio discutió con él acerca del enigma del Triángulo de las Bermudas y los extraterrestres que descienden del espacio exterior). Itamar Rabinovich, especialista en cuestiones sirias y embajador de Israel en Estados Unidos, alude a los "nervios de acero" de Assad como una de sus mayores virtudes [8].

El interés de Assad por los bienes materiales provoca similar debate. Sus partidarios dicen de Assad que lleva "una vida personal francamente austera" [9], de "hombre modesto sin ningún interés por el enriquecimiento personal" [10] e "incluso ascético" [11]. Otros le acusan de corrupción a escala monumental. Se dice que el palacio que construyó sobre un acantilado en lo alto de Damasco costó 3.000 millones de dólares, lo que viene a ser aproximadamente una cuarta parte de la renta anual de Siria. Fuentes israelíes vinculan personalmente a Assad con el tráfico de droga dura a gran escala que tiene su origen en Líbano; los estadounidenses apuntan en esta misma dirección. Un líder de la oposición siria, Ahmad Sulayman al-Ahmad, califica a Assad como "uno de los hombre más ricos del mundo" [12].

El misterio que rodea a Assad le es muy beneficioso, realza su reputación y hace que sus enemigos le teman. Según una frase de Milton Viorst, es un gobernante para quien "el aura de misterio es un instrumento de Estado" [13].

---

5. Moshe Ma'oz: *Assad, the sphinx of Damascus: A political biography*, Nueva York: Weidenfeld & Nicholson, 1988, pág. 41.

6. Patrick Seale, con la colaboración de Maureen McConville: *Assad of Syria: the struggle for the Middle East*, Berkeley: University of California Press, 1989, pág. 152.

7. Howard Teicher y Gayle Radley Teicher, *Twin pillars to Desert Storm: America's flawed vision in the Middle East from Nixon to Bush*, Nueva York: William Morrow, 1993, pág. 232.

8. *Al Hamishmar*, 25 de abril de 1993.

9. Ma'oz, *Asad*, pág. 41.

10. Carol Morello, "Only Mistery Lives in Syria's Presidential Palace", *The Philadelphia Inquirer*, 8 de mayo de 1990.

11. G.H. Jansen, "Syrian President's Health is a Key Issue", *The Los Angeles Times*, 11 de diciembre de 1983.

12. *Al-Watan al-'Arabi*, 5 de agosto de 1988.

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

Sobre una cosa hay acuerdo general: Assad es valorado como un político extremadamente capacitado. Los líderes estadounidenses, por ejemplo, son prácticamente unánimes a este respecto. Henry Kissinger dijo de él que era "el hombre más interesante de Oriente Próximo". Richard Nixon dijo que tenía "elementos de genialidad". Jimmy Carter le consideraba "brillante".

Como corresponde a un gobernante tan elogiado, Assad controla Siria con mano suave —o, al menos, todo lo suave que puede ser un déspota—. Por poderoso que sea, Assad no es temerario, ni se hace enemigos de manera gratuita. A diferencia de Sadam Husein, evita tomar decisiones caprichosas y sabe cómo reducir sus pérdidas. Las pruebas disponibles sugieren que Assad consulta con colaboradores y dialoga con ellos para alcanzar un consenso. Además, tiene en cuenta a la opinión pública siria. Por ejemplo, las autoridades sirias recaudan unos impuestos muy bajos entre la población, apenas suficientes para sufragar los muchos programas del Estado. A diferencia de otros déspotas (como Nicolae Ceausescu), Assad prefiere andar escaso de dinero que sacar fondos de una población hostil. Patrick Clawson llega hasta sugerir que "cuando los comentaristas escriben acerca de la brutalidad de Assad y su mano de hierro sobre Siria, deberían tener en cuenta también los límites puestos a su Gobierno", como indica esta poco gravosa política fiscal [14].

En algunos casos, por supuesto, Assad debe desafiar a la opinión pública siria e imponer su voluntad. Esto fue lo que sucedió en 1974, cuando firmó un acuerdo de retirada con Israel; en 1976, cuando dio su apoyo a la coalición cristiana de Líbano contra musulmanes y palestinos; en 1980, cuando apoyó a Irán en su guerra con Irak; en 1982, cuando destruyó grandes secciones de Hamás para extirpar a los Hermanos Musulmanes; y en 1990, cuando se unió a la coalición anti-iraquí.

Todo induce a pensar que Assad piensa mucho y concienzudamente antes de comprometerse con una trayectoria; por ejemplo, en 1990, tardó cuarenta largos y erráticos días antes de anunciar cuál iba a ser su política en relación con la invasión iraquí de Kuwait. Además, involucra a muchas personas destacadas en el proceso de toma de decisiones. Adeed Dawisha caracteriza como sigue el proceso de toma de decisiones en Siria en un momento difícil: "Mientras duró la crisis de la guerra civil del Líbano (entre

13. Milton Viorst, *Sandcastles: the Arabs in search of the modern world*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 1994, pág. 123.

14. Patrick Clawson, *Unaffordable ambitions: Syria's military build-up and economic crisis*, Washington, D.C.: Washington Institute for Near East Policy, 1989, págs. 30-31.

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

1975 y 1976), el presidente Assad fue el más autorizado, si bien para nada el único, distribuidor de valores en el sistema político sirio. Aunque la responsabilidad de definir una política exterior recaía en la persona del presidente, en muy raros casos tomaba éste una decisión —sobre todo si era importante—, sin antes someterla a juicio y consulta con el Gobierno, el partido Baath, el Frente Nacional Progresista y, en ocasiones, grupos ajenos al círculo de toma de decisiones, como profesores de universidad".

Dawisha también aduce que "las unidades de consulta y decisión de Siria crecían conforme se intensificaban las tensiones"[15]. Raymond A. Hinnebusch coincide: "Aunque está claro que el presidente es quien domina, el proceso de toma de decisiones parece ser colegiado; los demás miembros de la elite no son mero personal al que se despacha o ignora rápidamente. Los asuntos de política exterior son decididos por un círculo de líderes clave procedentes de un espectro muy diverso, dominado por el presidente y prestigiosos especialistas en cuestiones de política exterior y defensa. Assad parece ser un líder de consenso, relativamente proclive a pasar desapercibido, que sopesa minuciosamente las opiniones de sus subordinados antes de adoptar una postura" [16].

Para prepararse para esos momentos de crisis, Assad ha hecho que su persona sea ubicua en toda Siria, concediéndose una presencia "más grande que la vida" y haciendo que sea difícil desafiar su voluntad. Retratos de Assad adornan dependencias del Gobierno, tiendas, casas particulares, autobuses y coches. Cualquier aula típica luce más de una docena de retratos del líder, y de las paredes de una estación de ferrocarril cuelgan varias docenas. Al aire libre, aparecen carteles por todas partes, desde las concurridas intersecciones urbanas hasta las tranquilas autopistas rurales, mientras grandes retratos de su persona reciben a los viajeros que llegan a las ciudades sirias. Festivales, vacaciones y campañas electorales sirven de pretexto para una avalancha extra de retratos de Assad. Los taxistas lucen calcomanías con un corazón rojo junto a la foto de su presidente. Assad aparece en retratos que ocupan cinco pisos, estatuas de dos metros y medio de alto, banderas, y diminutas calcomanías; su imagen en relieve aparece incluso en los cortes de la carne que se exhibe en las carnicerías.

---

15. Adeed Dawisha, *Syria and the Libanese crisis*, Nueva York: St. Martin's, 1980, págs. 174-178.

16. Raymond A. Hinnebusch, "Revisionist dreams, realist strategies: the foreign policy of Syria", en Bahgat Korany y Ali E. Hillal Dessouki, editores, *The foreign policies of Arab states*, Boulder, Colorado: Westview, 1984, págs. 299-300.

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

Algunos de los retratos atribuyen a Assad una cualidad divina. A raíz de la muerte de su madre, Na'isa, en julio de 1992, aparecieron retratos que la representaban rodeada de un halo, ante el que se inclinaba su hijo Hafed. Algunos sirios llevan la cosa un poco más lejos y bromean acerca de sus "dos dioses": un mordaz golpe de humor entre musulmanes, rigurosamente monoteístas.

El culto a la personalidad alcanzó su culminación en las elecciones presidenciales (técnicamente no eran elecciones, sino una "renovación del juramento de fidelidad") que se celebraron en diciembre de 1991. La campaña electoral pro Assad costó, según algunos cálculos, 80 millones de dólares, que se dedicaron a preparar y organizar masivas reuniones, un sinfín de banderas, e incontables multitudes que se agolpaban en las calles gritando eslóganes ("Por nuestras almas, por nuestra sangre, te damos en prenda nuestra vida, oh Hafed de Dios"). En un acontecimiento surrealista, judíos sirios portaban carteles en hebreo aclamando al presidente ("Sí, para siempre, a Hafed al-Assad, de la juventud judía de Damasco"); en otro, un grupo de manifestantes llevaba una insignia que los definía como "presos políticos por Assad" [17].

Assad no necesitaba en modo alguno esas demostraciones para ganar las elecciones. Según el clásico estilo soviético, las papeletas contenían un solo nombre (el de Assad) y la votación se desarrolló bajo la atenta vigilancia de la policía. Los síes arrasaron: 6.726.843 frente a 396, sólo una persona de cada 17.000 votó contra el presidente. Y los medios de comunicación oficiales todavía se referían a los resultados como un prodigio de democracia. El día en que se anunciaron estos resultados, los telediarios dedicaron 23 de sus 30 minutos a mostrar a Assad asomado en un balcón, aceptando en silencio las aclamaciones de quienes le ovacionaban desde abajo. Cuando Assad comentó por fin su victoria, dos días después, lo hizo en la tradición del más puro lenguaje *kitsch* totalitario: "Hermanos e hijos, seres queridos, hijos de este gran pueblo: os hablo hoy para transmitiros mi más sincero, mi mayor aprecio, y mi más profunda gratitud. Os hablo desbordado por mis sentimientos. Es una inagotable fuente de amor por todos y cada uno de vosotros; una fuente que nunca se secará sino que, por el contrario, crecerá con el tiempo. No puede concebirse fin para ella y no le veo límites" [18].

Como otros líderes absolutos, Assad utiliza sus escasas apariciones en público para dar de sí mismo una imagen paternal, muy

17. *The Spectator*, 7 de diciembre de 1991.

18. Radio de la República Arabe de Siria, 4 de diciembre de 1992.

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

por encima de la política, posiblemente con atributos divinos. Si bien las reuniones con el público sirio se han convertido en "circos de hueca adulación" [19], también son calculados acontecimientos que glorifican su persona y maximizan su poder.

Cuando Assad habla de contenidos, sus palabras exactas se someten a minucioso estudio, porque las trabaja con cuidado y las carga de intención. Es extremadamente preciso, y dice sólo lo que tiene intención de decir y nada más. Por ejemplo, a la pregunta que le formuló un entrevistador en julio de 1991: "¿Estaría usted dispuesto a firmar un tratado de paz con Israel, en cualesquiera circunstancias?", replicó: "He contestado a eso cuando dije que responderíamos positivamente a todo lo estipulado por las resoluciones de Naciones Unidas" [20]. Nada de extemporaneidad, esta vez. Sus colaboradores se creen de vez en cuando en la obligación de confirmar el significado exacto de sus palabras. Según uno de ellos, Assad "pondera cuidadosamente cada palabra y declaración que profiere. Sólo dice lo que es necesario; no hay deslices lingüísticos" [21]. Assad es también uno de los pocos líderes árabes de retórica coherente, repitiendo los mismos puntos un año tras otro, y reflejando en privado lo que dice en público.

Cada vez que Assad anuncia una nueva política, sus palabras cobran un cariz casi sagrado, y durante semanas las repiten como loros los periodistas y políticos sirios. Un diplomático occidental observó maliciosa pero atinadamente: "En el Ministerio de Asuntos Exteriores, si no han leído la edición del día del (periódico) *Al-Ba'th*, no saben qué decir"[22]. Assad presta una gran atención a la continuidad, asegurándose de que la política de hoy siga lógicamente a la de ayer —por diferentes que ambas sean en lo sustancial—. De este modo, caracteriza las conversaciones de paz con Israel como una continuación de la guerra armada; o un giro hacia el capitalismo como una culminación lógica del socialismo. Assad se enorgullece de esa continuidad, y presume: "No hemos cambiado nada" [23].

En conjunto, Assad es un político sutil y muy minucioso cuyas palabras sólo apuntan vagamente a lo que piensa, y cuyas acciones sólo insinúan cuáles son sus verdaderas intenciones.

---

19. *Middle East International*, 8 de enero de 1993.

20. *The Washington Post*, 28 de julio de 1991.

21. Entrevista con un anónimo "destacado miembro" del entorno de Assad, *Yedi'ot Aharonot*, 20 de julio de 1990.

22. *Insight*, 5 de agosto de 1991.

23. Agencia de Noticias de la República Arabe de Siria, 29 de julio de 1991.

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

Hafed al-Assad ha pasado décadas en la vida pública. Una observación detenida de su historia sugiere que, aunque en tiempos le atrajo la ideología, hace mucho que se convirtió en un avezado discípulo de la *realpolitik*. La imperiosa necesidad de impedir que los musulmanes suníes le arrebataran su poder, su familia y su pueblo, los alavitas, ha dejado de lado prácticamente cualquier otra consideración.

Los objetivos de Assad

Unas líneas sobre chiítas y alavitas: aproximadamente el 90 por cien de los casi mil millones de musulmanes que hay en el mundo son suníes (los restantes son adeptos de las ramas chiítas o ibadí) y constituyen una significativa mayoría de los ciudadanos de la República Arabe de Siria. En contraste, los alavitas ascienden en todo el mundo a tan sólo un par de millones y están efectivamente limitados a Siria, donde constituyen tan sólo el 12 por cien de la población. Este desequilibrio nace del hecho de que los oficiales militares alavitas hayan dominado Siria desde 1966, siendo una fuente de angustia para la mayoritaria población suní. Para empeorar las cosas, los musulmanes suníes llevan siglos injuriando la religión alavita, una críptica ramificación del islam, y contando espeluznantes historias acerca de sus adeptos.

Para minimizar esta animosidad, los gobernantes alavitas de Siria intentaron desde muy pronto distraer la atención de su afiliación religiosa mediante la imposición de un riguroso orden socialista y el fomento de los enfrentamientos de clase. Sin embargo, esta artimaña no engañó a los suníes. En un escrito de 1984, un erudito de tendencias marxistas tuvo que reconocer la persistente supremacía de fidelidades primitivas: "Es sorprendente observar que incluso después de dos décadas de socialismo y su consiguiente impacto en la estratificación social, los vínculos regionales y religiosos (al menos en el ámbito de la política) están surgiendo hasta ser más importantes que los vínculos de clase. En otras palabras, la solidaridad de clase no es tan fuerte como la solidaridad religioso-regional" [24].

El posterior paso del tiempo ha agravado la división entre suníes y alavitas hasta el punto de que ésta domina el modo en que los sirios interpretan su política nacional. Hoy en día, la mayoría de los sirios da por supuesto que la hostilidad entre suníes y alavitas puede llegar a causar violencia a gran escala en el país.

La creciente preocupación por cuestiones comunales ha obli-

24. Syed Aziz-al Ahsan, "Economic policy and class structure in Syria: 1958-1980", *International Journal of Middle East Studies* 16 (1984), pág. 321.

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

gado a las autoridades a renunciar a su planteamiento de los años sesenta de rehacer la sociedad siria. En lugar de eso, les preocupa seguir aferradas al poder y evitar derramamientos de sangre. Las aspiraciones de Assad parecen haberse reducido a dos prosaicas preocupaciones: controlar Siria mientras viva y, después, pasar el poder a su familia y correligionarios.

Para seguir en el poder, Assad hace lo que debe, combinando su obstinación estratégica con su flexibilidad táctica. De un día para otro, y sin apurarse ni dar explicaciones, descarta medidas políticas que considera que ya no son prácticas. En junio de 1976, abandonó a sus aliados izquierdistas palestinos-musulmanes de Líbano y se pasó al bando de sus adversarios maronitas derechistas. En diciembre de 1989, tras diez años de condenar severamente al Gobierno egipcio por haber firmado un tratado de paz con Israel, arregló de repente las cosas con El Cairo. En septiembre de 1990, poco después de que Sadam Husein invadiera Kuwait, Assad dio la espalda a toda una vida de actitud hostil hacia Estados Unidos y se unió a la coalición dirigida por Estados Unidos. En julio de 1991, enterró décadas de retórica antisionista para dar órdenes a sus diplomáticos de que se reunieran con los negociadores israelíes en torno a una mesa del Departamento de Estado.

Esta trayectoria puede tener dos lecturas diferentes. En un nivel, Assad es imprevisible: proclive a dejar de lado políticas a largo plazo y a revocar modelos de comportamiento establecidos. Pero, en otro nivel, su racionalidad y amplitud de miras proporcionan una guía fiable para seguir su política. Lo que Efraim Karsh ha caracterizado como la "mezcla única de grandiosas aspiraciones, celo misionero y perenne inseguridad" [25] de Assad, permite al observador sagaz capaz de pensar como Assad predecir sus acciones con razonable certeza.

Los sirios esperan que la política se reanude tras la muerte de Assad. Como observa Danielle Pletka: "Todos sus adversarios dentro del país están [...] lisiados. Y no se puede hablar de oposición en el extranjero. Será la mala salud lo que acabe liberando a Siria de Assad" [26]. Cuando Assad se haya ido, la oposición cree que tendrá una oportunidad. En consecuencia, los Hermanos Musulmanes, "y todo el mundo en Siria a este respecto, está esperando a que muera Assad para dar su siguiente paso" [27].

---

25. Efraim Karsh, *The Soviet Union and Syria: the Assad years*, Chatham House Papers, Nueva York: Routledge, 1988, pág. 100.

26. Danielle Pletka, "Under the Iron Fist: Inside Assad's Syria", *Insight*, 5 de agosto de 1991.

27. *Middle East International*, 26 de junio de 1992.

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

Tal vez no tengan que esperar mucho tiempo. Aunque los carteles prometan lealtad eterna a Assad, el hombre fuerte de Siria tiene 63 años y padece muchos problemas físicos, incluidos un corazón débil, venas varicosas, diabetes y trastornos circulatorios. Dicen que no puede trabajar más de tres o cuatro horas al día. A juzgar por las fotografías y los informes de quienes se han reunido con el hombre fuerte de Siria, su salud parece estar deteriorándose sin remedio.

Política interior

Dentro de Siria, Assad parece emular a los líderes de la República Popular de China; como ellos, está abriendo la economía, al tiempo que sigue imponiendo una estricta dictadura y remite la promesa de cambios políticos a un futuro distante. O, según la expresión más eufemística de Muhammad al-Imadi, ministro de Economía y Comercio Exterior: "Cuando el sector privado gane poder y también asuma una mayor responsabilidad en la construcción del país, estarán abiertas las puertas para la participación política" [28].

Assad se embarcó en una serie de importantes reformas económicas poco después de la guerra de Kuwait, con la esperanza de que la floreciente economía y los intereses económicos personales harían a sus oponentes menos audaces a la hora de atacar al régimen alauí. La ley número 10, de mayo de 1991, fomenta la inversión privada en Siria por parte de intereses internos, árabes o extranjeros. La ley crea un Consejo Superior para la Inversión que otorga licencias para nuevos proyectos; proporciona exenciones fiscales durante un período de hasta siete años; permite la apertura de cuentas en divisas en el banco comercial de Siria; y prevé la repatriación de beneficios e intereses [29]. Dos años después, casi mil proyectos e inversiones por valor de tres mil millones de dólares habían sido iniciados según los términos de la ley número 10. Sin embargo, para decepción de las autoridades sirias, se había atraído a muy pocos inversores occidentales a su país.

Gran parte de las viejas estructuras sigue vigente, incluidos un sector público enorme, subvenciones y control de precios, y abrumadores controles de divisas (la ley número 10 permite transacciones en divisas, pero una ley anterior, no abolida, la ley número 24, prevé condenas de prisión para los que sean detenidos con

28. *Middle East International*, 16 de abril de 1993.

29. *Al-Hayat* (Londres), 13 de mayo de 1991.

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

moneda extranjera). En todo el país existe un único banco comercial, de propiedad estatal.

Como resultado de ello, no han cambiado demasiadas cosas. Hay más bienes de consumo disponibles, se permite con más frecuencia viajar al extranjero, y hay otros ajustes menores. *Le Monde* exagera, pero no demasiado, cuando escribe que los microbuses limpios, cómodos y baratos son "el único signo tangible y positivo de la tímida apertura económica llevada a cabo durante dos años" [30]. Las grandes expectativas de 1991 han quedado defraudadas en su mayoría.

Assad comenzó a partir de 1989 a relajar la presión sobre su propia población. Aquel año liberó al primero de una larga serie de presos políticos. En 1990, el régimen levantó la legislación de emergencia casi permanente, invitó a algunos sirios a volver a casa, permitió a los predicadores de las mezquitas criticar al régimen, y dejó expresarse a los candidatos de la oposición para las elecciones parlamentarias de mayo de 1990.

Las restricciones políticas también se suavizaron de otras maneras. Mientras los analistas y autores de cartas al director no criticaran en ningún momento a Assad, pueden disparar al azar sobre su gabinete. En 1992 se publicaron quejas sobre cuestiones como la difusión de "información inútil" por parte de organismos oficiales, el "ridículamente bajo" impuesto de sociedades, la aprobación del presupuesto estatal con seis meses de retraso por parte de la Asamblea Popular, y las restricciones salariales injustas para los empleados oficiales [31]. La prensa comenzó a airear problemas no tratados hasta entonces, como las actividades delictivas en la zona turística de Zabadani [32]. Las quejas sobre los continuos cortes de electricidad —típicamente de tres horas al día en los barrios elegantes de la ciudad y 18 horas en las regiones rurales— llegaron por fin a los medios de comunicación. Los analistas expresaron su repugnancia ante unos organismos oficiales a los que "les importa un comino" el caos económico que produce la escasez de electricidad [33].

El lenguaje de la vida pública sufrió pequeñas modificaciones, y los portavoces del régimen comenzaron a hacer públicos elaborados argumentos defendiendo la naturaleza democrática de la

30. *Le Monde*, 3 de marzo de 1993.

31. *Al-Ba'th*, 30 de abril de 1992; *Middle East Economic Digest*, 8 de mayo de 1992; *Al-Ba'th*, 11 de mayo de 1992; *Ath-Thawra*, 31 de mayo de 1992.

32. *Tishrin*, 21 de junio de 1992.

33. *Al-Ba'th*, citado en Reuters, 28 de septiembre de 1993.

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

política siria y el pluralismo de su economía. Esta afirmación tenía frecuentemente un cariz ridículo (como cuando, en diciembre de 1991, un portavoz del Gobierno pronunció un largo discurso sobre "el establecimiento de un sistema democrático sólido" en Siria, antes de anunciar que Assad había obtenido el 99,994 por cien de los votos en un referéndum sobre la presidencia) [34]. Incluso así, el esfuerzo demostraba que los gobernantes sirios sentían la necesidad de inclinarse un poco ante los vientos de democracia.

Al mismo tiempo, el rostro duro del régimen permaneció impasible. De los aproximadamente 15.000 presos políticos (o, en la jerga siria, "personas que han llevado a cabo actos contra la seguridad del Estado") [35], unos 3.500 fueron liberados a finales de 1991 y principios de 1992. Pero, como indicó el *Foreign Report*, editado en Londres, nuevos presos de conciencia los sustituyeron "casi a la misma velocidad con que los liberaban" [36]. Además, algunos de los presos políticos que permanecieron en las cárceles habían estado allí durante décadas, incluido al menos uno (Ahmad Suwaydani) que fue encarcelado en 1969, antes de que Assad llegara al poder. Para empeorar aún más las cosas, las autoridades no se molestaron en acusar de delitos a estos presos, y mucho menos en juzgarles ante un tribunal [37]. De hecho, unos mil individuos desaparecen cada año por motivos políticos. Con 10.000 o más prisioneros políticos frente a una población de 13 millones de personas, Siria tiene un índice mayor que el de cualquier país del mundo; para empeorar aún más las cosas, las cárceles sirias están entre las más horribles del planeta (en parte como resultado de los consejos del criminal de guerra nazi Alois Brunner, que vive en Siria) [38].

Los recientes cambios económicos y políticos comparten dos características fundamentales: todos pueden anularse en un ins-

---

34. Syrian Arab Radio, 3 de diciembre de 1991. No todos recibieron los resultados con la misma actitud, como indicó un gran número de chistes. En uno de ellos, un colaborador anuncia entusiasmado al presidente Assad que había ganado la elección por 6.726.843 votos a 396, pero Assad no muestra ninguna alegría por la noticia. "¿Qué más puede querer", pregunta el colaborador, "cuando sólo 396 personas votaron contra usted?". "Sus nombres", replica Assad severamente.

35. Syrian Arab Republic Radio, 17 de diciembre de 1991.

36. *Foreign Report*, 12 de noviembre de 1992.

37. Sobre el tratamiento de los presos políticos sirios, veánse dos importantes folletos: Amnistia Internacional, *Syria: long-term detention and torture of political prisoners*, Nueva York: Amnistia Internacional, 1992 y National Academy of Sciences, *Scientists and human rights in Syria*, Washington, D.C.: National Academy Press, 1993.

38. Para una información detallada y desgarradora sobre los presos sirios, veáse la excelente obra de Middle East Watch, *Syria unmasked: the suppression of human rights by the Assad regime*, New Haven: Yale University Press, 1991, capítulo 5.

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

tante, y ninguno proporciona una base para un desafío al régimen. No sugieren que Assad haya efectuado cambios fundamentales o haya cambiado de rumbo. Más bien ha hecho algunos cambios aquí y allá, adaptándose a sus nuevas circunstancias más apuradas, al tiempo que deja lo más intactas posible las líneas básicas. La ligera apertura de Siria no cambia el hecho de que el régimen sirio sigue confiando más en la fuerza que en la persuasión.

Tal vez la mejor manera de formarse un concepto de los cambios en Siria sea compararlos a lo ocurrido en Irak a mediados de los ochenta. En ambos casos, un déspota tenía problemas externos evidentes y respondió relajando ligeramente la presión en el interior y volviéndose hacia Occidente. Como sugiere el precedente iraquí, se trata de un movimiento táctico que puede anularse en cualquier momento. Aunque los cambios son más que cosméticos, tienen un fin específico y provisional. Cuando las circunstancias cambien, pueden deshacerse rápidamente.

Otros observadores del escenario sirio han llegado a la misma conclusión. Citamos la valoración de *Foreign Report* de la situación política interna a finales de 1992: "Cuando la Unión Soviética se vino abajo, algunos analistas sugirieron que Assad podría tratar de ampliar su base relajando las leyes de seguridad, reduciendo el papel de la policía secreta e introduciendo al menos una cierta democracia. En cambio, ha preferido confiar en métodos probados y demostrados para permanecer en el poder"[39].

A pesar de la ausencia de verdaderos cambios, Hafed al-Assad se beneficia de una persistente impresión occidental de que se le puede inducir a mejorar. Obsérvese el contraste entre nuestro comportamiento con Siria con el de los otros Estados delincuentes de Oriente Próximo. Al igual que Libia, Sudán, Irak e Irán, Siria patrocina el terrorismo, trata de construir armas de destrucción masiva y ataca a sus vecinos. Y lo que no es menos importante, Assad reprime a su propio pueblo con una dureza sólo superada en Oriente Próximo por Sadam Husein.

Pero mientras que Occidente presiona a los otros tres Estados delincuentes y se esfuerza en aislarlos (evitando a sus representantes diplomáticos, promoviendo resoluciones de Naciones Unidas para restringir su comercio y sus suministros de armas, utilizando la fuerza para castigar sus agresiones), mima a Siria. En lugar de aislar al régimen de Assad, ha intentado durante años traer a Damasco a la "familia de las naciones". Los diplomáticos esta-

39. *Foreign Report*, 12 de noviembre de 1992.

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms

dounidenses ofrecen pequeños cebos para fomentar la cooperación: por ejemplo, en febrero de 1994 permitieron a los sirios adquirir aviones fabricados en EE UU. Secretarios de Estado y otros gerifaltes viajan regularmente a Damasco, y ya se han reunido con Assad cuatro presidentes norteamericanos. Las empresas estadounidenses operan en Siria casi sin restricciones.

Assad se ha librado del duro tratamiento dado a Muammar el-Gaddafi, Sadam Husein y los *mulás* iraníes no porque sea mejor, sino porque es más listo. Hace gestos en el momento adecuado y lleva a cabo complicados dobles juegos. Tiene un sentido especial para llegar hasta el abismo sin caer en él. Mantiene abiertos los contactos diplomáticos y hace concesiones cuando es necesario. En resumen, las asombrosas dotes políticas de Assad le permiten salirse con la suya con políticas malignas por las que se estigmatiza a líderes menores. No debería permitírsele por más tiempo esa libertad.

This content downloaded from 52.1.9.30 on Sat, 22 Apr 2017 14:16:13 UTC
All use subject to http://about.jstor.org/terms